

Pasión y muerte de Jesús: historia y sentido

Pedro Trigo, S. J.
Caracas, Venezuela

Los cristianos de todos los tiempos han coincidido en valorar la pasión y la muerte de Jesús como altamente significativas, más aún, como la plena revelación de su vida, su propuesta y su persona. Persuadidos de la pertinencia de esta tradición constante, vamos a rastrear sucintamente su fundamento.

Si Jesús hubiera muerto de muerte natural, su tránsito de este mundo no habría sido especialmente significativo, porque, como decía Unamuno, “todo el que nace, padece y muere”¹. Pero Jesús murió ajusticiado por las autoridades romanas de ocupación y fue entregado a ellas por las autoridades judías, sobre todo, por la aristocracia sacerdotal. Por eso, su muerte violenta revela lo que su persona y su actividad tuvieron de incompatible con ese orden religioso, social y político. Pero, además y sobre todo, el modo de afrontar ese trance supremo revela también lo más hondo de su persona.

Como estamos hablando de la pasión que infringen a Jesús, tenemos que comenzar por los autores y los instigadores de ese crimen: quiénes fueron y cuáles eran sus móviles. Como la pasión de Jesús no fue única, ni principalmente pasión, tenemos que indagar, ante todo, cómo vivió Jesús su pasión. Finalmente, como el que Jesús cayera en poder de sus enemigos fue motivo de escándalo y las primeras comunidades descubrieron, en el modo de vivirlo, la consumación de su misterio personal y de su misión, concluiremos con la interpretación de aquellas comunidades que se expresaron en los escritos del Nuevo Testamento, bajo la inspiración del Espíritu Santo.

1. En “Cántico de navidad”, del poemario de M. de Unamuno, *Rimas de dentro*.

1. Quiénes matan a Jesús y por qué lo matan

Este apartado es básico, porque en una situación de pecado como la que vivimos, si seguimos a Jesús, de un modo u otro, participaremos de su pasión. Esto no nos puede tomar por sorpresa, ya que el fin de la vida de Jesús fue la conclusión lógica de su vida y su misión. Jesús no solo hace el bien, sino que lucha contra el mal². No lo hace con su misma lógica, imponiéndose con una fuerza superior y justa³, sino a fuerza de bien⁴. Por eso, si los que oprimen no se convierten, cosa que tenemos que intentar hasta el final, como lo hizo Jesús, actuarán contra el que pone en peligro su dominio. Si nos limitamos a no hacer el mal, no nos pasará nada; pero si vivimos de modo alternativo y proponemos con éxito una vida alternativa, quienes usufructúan este orden, actuarán en contra nuestra.

Por eso, no basta la abstracta consideración de los pecados: lo matan por nuestros pecados. Decir solo esto es encubridor. Es decisivo averiguar en la vida de Jesús qué pecados lo matan directamente —la opresión del hombre por el hombre— y qué pecados contribuyen con aquellos que lo matan —el abandono, la negación y la traición. Estos no matarían si los otros no existieran. Es determinante saber quiénes lo matan, porque el sentido viene de la realidad histórica y no es independiente de ella. Por eso, no se puede omitir este apartado.

1.1. El crucificado no muere como víctima

La muerte de Jesús no habría sido significativa si hubiera muerto como una víctima, porque, entonces, no revelaría nada de su persona, sino que se limitaría a atestiguar la consabida crueldad de la historia. El diccionario de la Real Academia Española nos puede orientar en este punto crucial, porque hila muy fino. La primera acepción de víctima es la definición técnica cultual: “persona o animal sacrificado o destinado al sacrificio”. Según esta primera acepción, la única propiamente dicha, Jesús no estaba destinado por Dios al sacrificio, ni fue sacrificado en un altar, en honor a una divinidad. Aunque analógicamente, es

-
2. Así resume Pedro su vida, cuando se la proclama al centurión Cornelio: “Pasó haciendo el bien y liberando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38).
 3. Este es el punto en el que la parábola del hombre fuerte que custodia a su presa no cuadra. Ese hombre confía en su fuerza y se siente seguro, hasta que viene otro más fuerte que él, lo vence y le quita lo que había apresado (Lc 11,21-22). En esta comparación, la diferencia de poderes es cuantitativa; en el caso de Jesús, se trata de otra clase de poder: no impone por las buenas o las malas, sino que acompaña, siembra esperanza, sana, libera las mentes y los corazones, hace capaces.
 4. Así lo expresa Pablo a los Romanos (12,21).

decir, más allá del ámbito cultural, fue sacrificado por los poderes vigentes, para que siguiera su buen entendimiento. De este modo, Jesús fue sacrificado por el procurador romano porque, al no ser ciudadano romano y al no tener ningún poder fáctico detrás, era más costoso poner en entredicho el buen entendimiento con las élites locales, en este caso, con la aristocracia sacerdotal, que sacrificarlo. Esta última, con la anuencia de los otros poderes del sanedrín, lo sacrificó porque su liderazgo institucional era minado por el liderazgo carismático de Jesús.

La segunda acepción del diccionario dice: “persona que se expone u ofrece a un grave peligro en obsequio de otra”. En este sentido, Jesús fue plenamente víctima, ya que se expuso a la muerte por fidelidad a la misión encomendada por su Padre, la cual coincidía materialmente con su solidaridad con nosotros.

En la tercera acepción se lee: “persona que padece daño por culpa ajena o por causa fortuita”. Esta es la acepción más corriente de víctima. Si Jesús solo hubiera sido víctima en este sentido preciso, su pasión y su muerte no revelarían más que la consuetudinaria crueldad de la historia. No tendrían ningún valor salvífico. Lo tienen exclusivamente por la segunda acepción. Por lo que él hizo, no por lo que hicieron con él.

Aquí vamos a desarrollar además el sentido antropológico, no considerado expresamente por la Real Academia Española. De hecho, ese sentido está implícito en la última acepción, dado que, en la experiencia diaria, es decisivo y porque, negativamente, lo es para entender la pasión y la muerte de Jesús.

Jesús sí murió como víctima, dado que lo ajusticiaron en contra de su voluntad y de manera injusta. Pero no murió como víctima, porque los victimarios no lo redujeron antropológicamente a la condición de mera contracara de ellos. En este sentido antropológico, el más decisivo, el agresor, deshumanizado por entregarse al demonio de la violencia, que lo lleva a quitar una vida humana, deshumaniza también a la víctima cuando la reduce a un ser poseído por el terror, la rabia o el deseo de que todo se acabe ya. Jesús no fue víctima en este sentido, ya que vivió su pasión y su muerte desde sí mismo, como máxima actuación de su libertad, y por eso, como máxima revelación de su persona. Lo que le hicieron, lo afectó físicamente, hasta provocarle la muerte, y psicológicamente, hasta casi matarlo de tristeza y angustia. Pero no lo influyó, ya que no provocó en él conductas reactivas, sino que, por el contrario, contribuyó a activar su libertad al máximo para responder a sus agresores desde lo más genuino de sí. Por eso, es tan significativa su pasión. No solo fue pasión, sino su acción más consumada o la consumación de su vida, y, en ese sentido, la constitución plena de su ser filial y fraterno. Lo aparentemente paradójico, pero

lleno de sentido, si se lo mira de frente, es que Jesús se fue consumando como ser humano, mientras se fue consumiendo por la agresión de sus verdugos.

Este es el sentido del acontecimiento de Getsemaní, tal como lo relatan o, tal vez, lo representan⁵ los sinópticos (Mc 12,27-32). El cuarto evangelio lo coloca en otro contexto y lo atenúa (Jn 12,27-32). Pero, en el fondo, los cuatro evangelios coinciden y Hebreos lo atestigua patéticamente (5,7-9). Jesús, enfrentado a su destino, se siente presa de una angustia y una tristeza mortales, tanto, que pide a su Padre que pase de él ese cáliz; pero, en definitiva, se entrega y se dispone a cumplir su designio⁶, es decir, acepta su destino desde su condición de Hijo. Esto es lo que el cuarto evangelio enfatiza (12,27-28; 18,11). La condición de Hijo, como expresión del amor incondicional del Padre, incluye la entrega a sus hermanos que rechazan su fraternidad. Así, su pasión es expresión extrema de su misión y de su persona.

Como el desenlace de Jesús es pasión y como la iniciativa de su destino la llevan otros, y él no lo vive reactivamente, sino desde su autenticidad, no podemos comenzar preguntando cómo la sobrelleva y cómo muere. Para esclarecer su destino, tenemos que comenzar preguntándonos por los causantes de su pasión, por sus móviles reales y por las razones alegadas por ellos para dar visos de legalidad a su crimen.

-
5. Parece más una representación que una narración, pues no hubo testigos. Jesús se separó “unos pasos más allá”, según Marcos y Mateo; pero Lucas dice que se separó “a la distancia de un tiro de piedra”. Jesús no pudo comunicar a sus discípulos lo que sintió ni cómo lo encaró, porque estos dormían. V. Taylor, sin embargo, insiste que en Marcos, “nos aproximamos a la roca viva de la tradición primitiva”, pues “la base del relato es sin duda alguna histórica”. “Tanto los elementos descriptivos como las palabras de Jesús nos producen la impresión de hallarnos muy cerca de los hechos originales”. La prueba sería que la comunidad no inventaría la desolación de su Maestro, que se haya llevado a los tres discípulos para que le hicieran compañía y que les haya dicho que moría de tristeza (*El evangelio según san Marcos*, pp. 666-667, Madrid, 1979). También para R. Brown, la escena es histórica, pues es impensable que los cristianos hayan inventado una escena tan desfavorable para los paganos y que a los de la tercera generación se les hacía tan cuesta arriba (*La muerte del Mesías*, t. I, pp. 290-291, 292, 302, Estella, 2005). Lo mismo P. Benoit: “Pero cómo atreverse a inventar una escena tan impresionante para la fe, como el pavor de Jesús ante la muerte” (*Pasión y Resurrección del Señor*, p. 35, Madrid, 1971).
 6. M. Navarro muestra convincentemente lo que no se descubre del proceso interior de Jesús (*Marcos*, pp. 526-529, Estella, 2006).

1.2. No Mesías político, pero sí Señor

Un dato absolutamente seguro es que Jesús muere crucificado. Desde ese anclaje histórico firme, es completamente verosímil el título de la cruz, que no es más que la publicidad de su sentencia: “rey de los judíos” (Mc 15,26)⁷. La cruz era, en efecto, el castigo romano para los que se levantaban contra la seguridad del Estado, si no eran ciudadanos romanos. Así lo confiesa el credo: “padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado”. Esto significa que los romanos tienen la última responsabilidad⁸. Como esto es indudable, no podemos dejar de lado el motivo político de su muerte⁹.

Sin embargo, en las fuentes no hay una sola indicación que lleve a pensar que Jesús se hizo directamente sospechoso a los romanos. Más aún, si lo hubiera sido, estos no habrían contado con las autoridades judías para detenerlo. Así, aparece crudamente cuando le cuentan a Jesús que Pilato había matado a unos galileos entre el altar y el santuario y le preguntan por su posición, según relata Lucas (13,1). Los romanos, en contra del derecho consuetudinario de acogerse a sagrado, eran capaces de intervenir en el lugar más santo, si veían indicios de que la seguridad del Estado estaba en peligro. En las fiestas, los soldados romanos vigilaban el movimiento en los atrios del templo desde la torre Antonia para cortar de raíz cualquier conato de sedición. Por tanto, vieron muchas veces a Jesús, rodeado de miles de personas que lo escuchaban. Por eso, podemos asegurar que el efecto de sus palabras no era el entusiasmo que unimisma a la masa en torno al líder. Si así hubiera sido, habrían intervenido. Las palabras de Jesús, por el contrario, personalizaban a la multitud, que le echaba cabeza y se retiraba pensando en solitario o con los compañeros. Es, por tanto, innegable que la iniciativa de la detención la tienen las autoridades judías y son ellas las que venden exitosamente al procurador la idea de la peligrosidad de Jesús.

Así, pues, la conflictividad real de la vida de Jesús se desarrolló en su propio ámbito judío. Ahora bien, en último término, el conflicto fue facturado como político y, por tanto, remitido al ámbito romano imperial, que dictó y ejecutó la sentencia¹⁰. No había otra manera para quitarlo de en medio, si es

7. X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, p. 1088 (Estella, 2004); R. Brown, *La muerte del Mesías*, t. I, o. c., p. 567.

8. “Pilato fue, por tanto, el funcionario romano directamente responsable de la ejecución de Jesús”, en J. Marcus, *El evangelio según Marcos (8-16)*, p. 1183 (Salamanca, 2011); X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., pp. 1033-1034, 1058.

9. S. Légasse insiste en que los cristianos no pudieron inventar ese título, porque “no es mesiánico, ni tiene ninguna resonancia en la teología de la Iglesia primitiva” (*El proceso de Jesús. La historia*, p. 146, Bilbao, 1995).

10. “La verdad esencial, es decir, que la causa real de la muerte de Cristo fue la actitud de los líderes del pueblo judío, y que en el curso de las diligencias ante

cierto que los judíos no tenían derecho a imponer la pena capital (*ius gladii*), lo cual es controvertido, tanto en las fuentes cristianas como en la investigación actual. El cuarto evangelio sostiene que no tiene ese derecho en 18,29-32, pero supone lo contrario en 8,4-7. En cambio, Hechos presenta al sanedrín condenando a muerte y lapidando a Esteban (6,12-7,1.54-60) y a Herodes decapitando a Santiago, como antes había hecho lo mismo con Juan Bautista (Hch 12,2; Mc 6,17-29).

Es cierto que las fuentes tienden a exculpar lo más posible a los romanos y, más aún, a limpiar del estigma de sedición al Señor de los cristianos. Por tanto, tienden a comprender la sentencia como una debilidad del procurador, que cede a las presiones de las autoridades judías, a pesar de no encontrar pruebas de la peligrosidad del reo. Esta tendencia es explicable por la enorme dificultad que representaba llevar a cabo una misión religiosa en el imperio romano, cuya referencia fundamental era un crucificado.

En este caso, sin embargo, esta reticencia de las fuentes puede alegar un motivo más interno. Después de la pascua, los discípulos y, por tanto, también los evangelistas, y, en general, los cristianos, estaban convencidos de que su Señor no tuvo pretensiones de Mesías político¹¹. La prueba más clara, para ellos, de que su Señor no era como los señores políticos, es que rehusó el uso de las armas, porque no quiere tener súbditos, sino seguidores voluntarios (Jn 18,36-37; Mt 26,51-52). No había venido a que lo sirvieran, sino a servir (Mc 10,45). En este sentido, alegan con verdad que el título de la cruz no hace justicia al Crucificado.

Asimismo, es verosímil que Pilato, del orden ecuestre y conoedor, por tanto, del mundo militar, se hubiera percatado a simple vista de que Jesús no

el Sanedrín se había inventado ya a propósito la acusación por la que Jesús fue llevado ante Pilato” (V. Taylor, *El evangelio según san Marcos*, o. c., p. 690). X. Pikaza lo centra todo, creemos que razonablemente, en la aristocracia sacerdotal, que lo remite a Pilato (X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., pp. 1025, 1033-1034, 1059). Según R. Brown, “los adversarios de Jesús (romanos o judíos) interpretaron (honrada o torticeramente) que él había dicho ser el Mesías o lo habían presentado como tal sus seguidores y eso contribuyó al cargo por el que lo crucificaron los romanos. *Muy probable*” (R. Brown, *La muerte del Mesías*, t. I, o. c., p. 578); S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., p. 104.

11. “Toda interpretación que se haga de la muerte de Jesús debe mantener conjuntamente el hecho de su ejecución en cuanto a pretendiente a ‘rey de los judíos’ y la supervivencia de sus discípulos como grupo mesiánico apolítico que no fue suprimido ni eliminado” (E. P. Sanders, *Jesús y el judaísmo*, p. 455, Madrid, 2004).

era, de ningún modo, un peligro militar, dicho con la frase consabida: no era “un hombre de armas tomar”¹².

De todos modos, hay que reconocer que la densidad de su señorío relativiza drásticamente el señorío político, lo cual era mucho más inaceptable para el imperio que la pretensión político-militar de un oscuro provinciano. El emperador, símbolo del imperio, era Salvador y Señor. Estos títulos tenían un contenido absoluto, incluso sagrado, y exigían, por tanto, la sumisión incondicional¹³. Para los romanos, cabían, ciertamente, otros señores, pero subordinados. Esto significa que su condena, en el fondo, no fue un error, ni el resultado de un incidente aislado. La misión de Jesús sí tenía una dimensión política, consistente en relativizar al Estado, a sus símbolos y a sus personeros. Relativizarlos no solo ni principalmente en el sentido de privarlos de su aura sagrada —*divi*, se dice de Tiberio en los denarios¹⁴—, sino, sobre todo, de pretender que se ordenaran a lo absoluto, es decir, al bien de los ciudadanos, considerados personas dignas y adultas. Jesús pretendía que fueran buenos conductores de esta dirección vital y no contradictores. Y la prueba más clara de que esta fue la razón de fondo, es la persecución sistemática a los cristianos, que siguieron la dirección de Jesús, en cuanto el cristianismo adquirió visibilidad social.

1.3. La insoportable autoridad de Jesús¹⁵

Así, pues, los romanos no captaron el peligro de Jesús. Fueron las autoridades judías quienes lo entregaron¹⁶. ¿Por qué juzgaron estas autoridades que Jesús debía morir? El incidente que precipitó su muerte está relacionado con sus

-
12. La pregunta que Pilato hace a Jesús, ¿eres tú el rey de los judíos?, “pone de manifiesto que la jerarquía judía había decidido basar su acusación en el aspecto político de la reivindicación de Jesús de que era el Mesías” (V. Taylor, *El evangelio según san Marcos*, o. c., p. 701; y X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., p. 1058). Según Brown, Pilato lo habría considerado inocente, pero lo condena cediendo a la presión (R. Brown, *La muerte del Mesías*, t. I, o. c., pp. 1009-1010).
 13. En este sentido, Pikaza afirma que el silencio de Jesús ante Pilato puede explicarse “como imposibilidad de establecer un diálogo: con Roma no se puede hablar de Dios y de su reino, pues Roma lo centra todo en su imperio. Por eso calla ante el delegado imperial” (X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., p. 1065).
 14. *TIBerius CAESAR DIVIni AUGusti Filius AUGUSTUS*: las mayúsculas son la inscripción y las minúsculas completan las abreviaturas.
 15. Pikaza insiste que en el rechazo de la aristocracia sacerdotal, “nos hallamos ante un tema de autoridad” (X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., pp. 1045-1049). Brown entiende esta autoridad como hacerse igual a Dios y, por tanto, pretender sustituirlo (R. Brown, *La muerte del Mesías*, t. I, o. c., pp. 638, 654-657, 671).
 16. J. Marcus, *El evangelio según Marcos (8-16)*, o. c., pp. 1069-1071.

palabras sobre la destrucción del templo (Mc 13,1-2; 14,58; Jn 2,19-21)¹⁷ y, sobre todo, con un hecho que implicó alguna perturbación del orden en las dependencias del templo, donde estaban los que cambiaban la moneda romana por la moneda tiria, mandada a acuñar por Salomón. En esas dependencias se vendían también las víctimas para los sacrificios (Mc 11,15-18; Jn 2,13-16). Este incidente tuvo que haber sido muy pequeño en su materialidad —derribar alguna mesa e impedir por brevísimo tiempo que circularan animales en un área muy restringida¹⁸—, ya que, si no, los mismos devotos o la guardia del templo lo habrían neutralizado. En último término, habrían intervenido los romanos, que dominaban el panorama desde la torre Antonia, sobre todo, en las festividades más solemnes, cuando se juntaban multitudes enormes, caldo de cultivo de posibles estallidos. Las autoridades del templo captaron que impedir el cambio de moneda y la movilización de los animales equivalía a impedir el funcionamiento ordenado del recinto. Era nada menos que su destrucción simbólica, pues el templo estaba para presentar ofrendas y sacrificios a Dios¹⁹.

La amenaza profética equivalía a un sacrilegio, si quien la llevaba a cabo no tenía autoridad reconocida. Así, pues, ese acto no fue, como lo concibe la interpretación tradicionalista, una purificación del templo²⁰. La última purificación tuvo lugar en tiempo de los Macabeos (2 Ma 10,1-8). Las purificaciones anteriores las habían llevado a cabo Josías (2 Re 23,4-12) y su bisabuelo Ezequías (2 Cro 29). Los romanos habían respetado el templo para no irritar a los judíos. Por tanto, en su interior no se adoraba a dioses extraños²¹. La acción de Jesús

17. R. Brown, *La muerte del Mesías*, t. I, o. c., pp. 551-554, 650; y S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., pp. 53-64.

18. Légasse sostiene que “no ha podido ser inventado. Con todo, no podemos aceptarlo sin limitar su amplitud”. “Se puede admitir, sin embargo, que Jesús realizó entonces un gesto profético, tumbando algunos puestos y mostradores” (S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., pp. 52, 53).

19. N. T. Wright, *El desafío de Jesús*, pp. 85-88 (Bilbao, 2003); E. P. Sanders, *Jesús y el judaísmo*, o. c., pp. 99-142. “La soberanía —el ejercicio de su reinado— y la trascendencia de Dios, en su manifestación histórica y en su ser eterno, pertenecen, no al orden del juego de poder, sino al de la gratuidad del amor” (S. Arzubialde, *Humanidad de Cristo, lógica del amor y Trinidad*, p. 146, Santander, 2014). Légasse sostiene que el gesto “resulta apto para evocar la destrucción”, porque “al emprenderla con el mercado, Jesús atacaba indirectamente lo que este mercado aprovisionaba: nada menos que el culto sacrificial del templo” (S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., p. 57).

20. S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., pp. 55-56.

21. Hay que excluir la profanación inicial de Pompeyo, que entra hasta el *sancta sanctorum* y se queda absolutamente perplejo y decepcionado al encontrarlo vacío. La percepción de la trascendencia estaba más allá de sus posibilidades. Pero esos eran otros tiempos.

estaría más bien relacionada con la amenaza de Jeremías (Jr 7): Dios destruirá el templo, porque se ha convertido en cueva de delincuentes. La amenaza remite al uso que se hacía del templo como sitio para pagar la tarifa correspondiente al pecado cometido, sin necesidad de conversión. La alternativa de Dios, representada por Jesús, no es purificar el templo, sino la inmediatez de Dios mismo a cada israelita, lo cual hace superfluo el templo y a los rabinos (Jr 31,31-34; Jn 4,20-24).

La aristocracia sacerdotal no le reconocía a Jesús esa autoridad (Mc 11,27-33). Prueba de que ese incidente fue la gota que colmó el vaso es que el arresto lo llevan a cabo los guardias del templo (Mc 14,43; Jn 18,3)²². En la noche, la aristocracia sacerdotal, en casa de Anás (Jn 18,12-24) o de Caifás (Mc 14,53), adonde conducen a Jesús, prepara la sesión del sanedrín de la mañana siguiente. En esta sesión, interrogan y condenan a Jesús y deciden remitirlo a Pilato. Lo más probable es que no haya sido una sesión del pleno, sino la instrucción del expediente por una comisión diputada para ello.

La acusación de Pilato no tiene por qué coincidir con la de ellos. La aristocracia sacerdotal se apoya en el Deuteronomio (13,1-6; 18,9-22): Jesús sería un falso profeta, que seduce al pueblo. Esta acusación genérica tiene la ventaja de incluir lo que de Jesús escandaliza a cada grupo. Además, retocada políticamente, sirve también de base para la acusación ante el gobernador.

La cuestión de fondo, para la aristocracia sacerdotal, es que Jesús silencia el templo como vía de acceso a Dios, como lugar de encuentro con él y como expresión de su alianza. Ciertamente, no hay ni una sola palabra, ni ninguna acción de Jesús que relacione el templo con el reino, que constituye el centro de su proclamación. Al leproso le dice que se presente al sacerdote por simple realismo (Mc 1,44; Lc 17,14), pues sabe que sin su cédula, no será recibido por sus paisanos, ni siquiera por sus familiares, por temor al contagio. Además, la cédula es “para que les conste”, es decir, para que sepan a qué atenerse respecto a su condición.

Vemos a Jesús en el templo, porque allí se reúnen los judíos (Jn 18,20). Incluso en su recinto, Jesús desplaza al templo, ya que distrae a la gente, que se encuentra con Dios a través de él y no a través de las ofrendas y los sacrificios. No hay motivo para pensar que no cumpliera con el templo, pero, ciertamente, actuaba como si él mismo fuera el lugar del encuentro personalizado y definitivo

22. Pikaza insiste en que es fidedigna “la escena del prendimiento de Jesús por los enviados de los sacerdotes, dirigidos por Judas” (X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., p. 1002); Légasse cree más bien que son “esbirros laicos a disposición de los tribunales” (S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., p. 37).

del pueblo con Dios²³. Sus palabras sobre la destrucción del templo y su acción simbólica, interpretadas desde esta perspectiva, dieron pie para la acusación, ya que la aristocracia sacerdotal no se abrió a su autoridad, así como tampoco se abrió a la de Juan.

Ahora bien, no lo habrían matado si el pueblo no la hubiera reconocido y no se hubiera ido tras él. El que, como subrayan todas las fuentes, no quisieran actuar contra Jesús en la pascua por temor al pueblo, indica la profundidad del peligro. Es decir, más allá de las causas alegadas, el motivo que los indujo a acabar con Jesús fue su capacidad para convocar al pueblo. Si no hubiera llevado al pueblo tras de sí, no lo habrían matado²⁴. Esto lo podemos afirmar porque sabemos de alguien que hablaba en el templo contra el templo, pero como no tenía ninguna influencia, lo dejaron de lado. Desde este horizonte, es perfectamente verosímil la sesión relatada por el cuarto evangelio, en la cual decidieron acabar con Jesús (Jn 11,47-53)²⁵. Esta habría sido la sesión formal, en la cual no se alega ninguna acusación, o más exactamente, en la cual no se lo acusa de ningún crimen o delito que merezca la muerte, sino que lo sacrifican en aras del orden establecido²⁶. La sesión de la noche del jueves o de la mañana del viernes no habría pasado de ser la reunión oficiosa de un grupo para echar a andar lo ya decidido, lo cual intentan justificar jurídicamente con la presencia del reo y los acusadores²⁷.

-
23. Es el trasfondo de la cristología implícita en su autoridad; pero también se trasluce cuando Jesús se identifica con el novio (Mc 2,19; Mt 22,2; 25,6; Jn 3,19; Ef 5,21-32). En la tradición de Oseas, Jeremías y Ezequiel, la referencia al novio alude a la consumación de la alianza entre Dios y su pueblo.
 24. “Jesús pudo haber sido aclamado por los peregrinos galileos que fueron a Jerusalén con él, pero rechazado por los habitantes de la ciudad, muchos de los cuales dependían del templo para su sustento y contrarios a Jesús por su profecía contra él” (J. Marcus, *El evangelio según Marcos (8-16)*, o. c., p. 1187).
 25. R. Brown, *La muerte del Mesías*, t. I, o. c., pp. 517-518, 670.
 26. “Fue la combinación de una acción física con una apreciable número de seguidores lo que explica y conduce a la muerte de Jesús. Los dirigentes judíos podían proponer así a Pilato, razonada y convincentemente, la conveniencia de la ejecución de Jesús”. “El cuarto evangelio atribuye a Caifás el dicho de que ‘es mejor que muera uno solo por el pueblo y que no perezca toda la nación’ (Jn 11,50). Juan está pensando tras esta frase en la muerte salvífica de Jesús, pero el dicho en sí mismo capta sin duda alguna el espíritu de los dirigentes judíos” (E. P. Sanders, *Jesús y el judaísmo*, o. c., pp. 43, 437).
 27. Para Légasse, “Jesús no tuvo que afrontar más que el [tribunal] de los romanos” (S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., p. 85). En la noche no habría habido ninguna comparecencia, y en la mañana, es concebible que los sumos sacerdotes hayan considerado oportuno asociar a su empresa a sus socios del sanedrín y que juntos hayan examinado el caso de Jesús, “al menos para definir los cargos presentados contra él ante Pilato” (*ibid.*, p. 84).

A los maestros de la ley fariseos y, en general, al partido de estos, la figura de Jesús debió parecerles más ambivalente que a la aristocracia sacerdotal y al resto de los saduceos. Indudablemente, hubo vasos comunicantes. Si no, Jesús no habría podido hablar, tal como lo hacía habitualmente, en las sinagogas y, menos aún, en el templo. Algunos dichos y algunas posiciones de Jesús no estarían muy distantes de ciertas corrientes del movimiento fariseo, en particular, la de Hillel, contemporáneo de Jesús, aunque de más edad que él. Por eso, es completamente verosímil que un maestro de la ley, entusiasmado por el modo en que Jesús había dejado callados a los saduceos respecto de la resurrección, le pregunte por el eje alrededor del cual se estructura la religión de la alianza y quede plenamente satisfecho con su respuesta. Jesús, por su parte, reconoce que no está lejos del reino de Dios (Mc 12,28-34).

Sin embargo, sus comidas con publicanos y pecadores, su desapego de la tradición —en sentido técnico, la *Torá* no escrita— y que incluso no invocara la *Torá* escrita, excepto en las discusiones con ellos, como si sus dictámenes, prescripciones y actuaciones salieran de él mismo, como si su vida implicara y comprometiera al propio Dios y como si su vida fuera la realización de su designio, era inaceptable para los diferentes grupos de fariseos. Estas manifestaciones de Jesús provocaron perplejidad y sospecha en algunos de ellos, pero, para otros, la mayoría, eran prueba de que se trataba de un falso profeta, que seducía al pueblo y lo apartaba del camino que Dios le había trazado a través de la tradición.

Todo puede resumirse en la disputa por el sentido de la pureza²⁸ (Mc 7,1-23), que comprendía casi toda la ley no escrita o por lo menos le daba el tono. Ser un pueblo consagrado a Dios tenía que manifestarse en toda la vida. El modo de vivir cada aspecto de ella distinguía al pueblo de Dios de los demás pueblos. Así como Dios era Santo, es decir, separado no solo del mal y de los malos, sino también de lo profano y de los profanos, su pueblo debía mostrarse santo, separándose de los usos comunes y de los paganos. Hay que tener en cuenta que en tiempo de Jesús, el judaísmo que se expresaba en la Mishná ya había recorrido más de la mitad del camino de su constitución. Dos de las autoridades más citadas en ella, Hillel y Semmay, eran contemporáneos suyos.

Jesús interpretó la pureza de un modo opuesto. En él, Dios se acercaba incondicionalmente a todo el pueblo, empezando por los excluidos: los pobres y los tenidos por pecadores públicos. La característica de quien aceptaba su propuesta era no la observancia de la pureza legal o ritual, sino la práctica de

28. Sanders rechaza esta posición, pero se refiere a normas específicas y no tanto a la orientación general (E. P. Sanders, *Jesús y el judaísmo*, o. c., pp. 308-310).

una misericordia como la suya²⁹. En lugar de distinción y separación, acercamiento incondicional; en vez de una voluntad de Dios minuciosamente objetivada, la propuesta de crear un mundo fraterno de hijas e hijos de Dios. Eran dos direcciones extremadamente distantes, si no irreconciliables. Lo eran y lo siguen siendo, ya que el fariseísmo cristiano ha prevalecido no pocas veces en la Iglesia. Algunas veces, ha sido propiciado por la misma institución eclesiástica.

Así, pues, aunque los ejecutores directos del prendimiento y de la entrega de Jesús al procurador romano fueran las grandes familias sacerdotales, estas contaban con la anuencia, más o menos expresa y decidida, de los maestros de la ley del partido de los fariseos y de la mayoría de este movimiento³⁰.

2. Cómo vivió Jesús su pasión y su muerte

Sin caer en el psicologismo, las fuentes nos permiten acceder, en algún grado al menos, a lo que pensaba Jesús sobre su posible destino.

2.1. Jesús previó que lo iban a matar

Si Jesús no era un entusiasta o un iluso, tenemos que reconocer que pudo disponer de indicios que lo llevaran a percibir que la oposición de los dirigentes se volvía sistemática, es decir, aquellos tomaban posición frente a él y su misión. Jesús pudo concluir que no solo no se habían convertido a su propuesta del reino, sino que le hacían resistencia, en nombre de sus tradiciones sacralizadas. Él se sabía portador del designio de Dios para su pueblo. Más aún, tenía conciencia de ser el último enviado y el definitivo. Ellos, en cambio, se habían cerrado a esa propuesta actual de Dios, para lo cual habían absolutizado propuestas anteriores, incluso las habían desviado de su intención original. Se negaban a creer en su enviado, porque no vivían de la fe, es decir, de una relación viva y personalizada, sino de un modo genérico, objetivado en la ley. Su vida no los interpelaba. Tampoco que convocara al pueblo sobrecargado y abatido, como ovejas sin pastor, ni su interés en buscar lo que se había perdido. La misericordia no era la actitud que los definía.

Jesús sabía que no procedía de ningún círculo de poder, ni había recibido su autoridad de ellos. Se presentó ante el pueblo por su cuenta. No pidió permiso, ni pensó que alguien tuviera derecho a negárselo. Tampoco se presentó directamente como alternativa a las autoridades. Al contrario, asistió a la sinagoga

29. Así, B. Malina, *El mundo del Nuevo Testamento*, pp. 181-219 (Estella, 1995).

30. Légasse sostiene que los fariseos fueron adversarios, pero que no intervinieron en la pasión (S. Légasse, *El proceso de Jesús. La historia*, o. c., pp. 67-68).

y al templo como cualquier israelita piadoso. Nadie lo acusó de quebrantar los preceptos, excepto el del descanso sabático, pues sanaba, al parecer de preferencia, los sábados. Pero su autoridad, captada por el pueblo y de la que él mismo estaba consciente, lo colocó objetivamente en una situación de independencia de las autoridades. Y, por tanto, en último término, sobre ellas. Eso significaba que, como actuaba públicamente, si ellas no lo reconocían, al menos tácitamente, el conflicto era inevitable.

En cualquier caso, hubo algún tipo de reconocimiento. Por eso, pudo actuar libremente, incluso en las sinagogas y en el templo. Al menos durante cierto tiempo, vieron algunos indicios de que era de Dios y no pudieron encontrar otros que lo desautorizaran. Pero como su prestigio aumentaba y su actividad no cesaba, se hizo necesario tomar postura. Lo investigaron, lo observaron, no pocos con ánimo hostil, para encontrar motivos para desautorizarlo. Hubo discusiones públicas. Los roces aumentaron. Al parecer, en algún momento se produjo la ruptura. Jesús tuvo que comprender que acabarían con él.

2.2. Padeció según las Escrituras

¿Cómo entendió Jesús este conflicto y su posible desenlace? Lo leyó en las Escrituras. Por eso, advirtió a los apóstoles que estaba anunciado. Esto no significa, de ninguna manera y contrario a lo que se suele decir, que en las Escrituras se lea que Jesús tenía que morir, es decir, que Dios quería que muriera. En primer lugar, las Escrituras no hablan directamente de Jesús. Hablan de la relación de Dios con su pueblo y de cómo este, mejor aún, sus representantes reaccionan a los designios de Dios. En todo caso, esos designios son siempre de vida y de salvación. No se puede admitir que Jesús nació para el sacrificio, es decir, como víctima para la inmolación. Su Padre lo habría destinado para ello y su vida habría sido un camino consciente hacia la inmolación. Lo que Jesús pensaba sobre el designio de su Padre, para él, se encuentra reflejado en la parábola de los viñadores homicidas. Después de enviar en varias ocasiones a sus siervos, el dueño de la viña decide enviar a su hijo único, pensando que “a mi hijo lo respetarán” (Mc 12,6). Más en general, no se puede admitir que Jesús vivió de acuerdo a un guion escrito de antemano por Dios, porque, en ese caso, su existencia no sería histórica. No se habría ido haciendo, al igual que nosotros, en los acontecimientos. Además, su Padre no habría tenido fe en él, en concreto, en su capacidad de hacerlo presente, en la actuación filial responsable.

Jesús vino para hacer presente el reinado de Dios como don incondicional suyo, como gracia. Esa misión lo hizo portador de una noticia consoladora y gratificante. Esa misión y esa identidad permanecieron a lo largo de su vida, ya que el evangelio del cual era portador no estaba condicionado. Jesús no traía

un sí y un no, dependiendo de la reacción a su propuesta. En palabras de Pablo, Jesús es el sí de Dios, porque en él este cumplió todas sus promesas (2 Cor 1,19-20). Así, pues, cuando Jesús comprendió que el rechazo de los jefes era tan radical, que no se contentarían con no hacerle caso, sino que conspirarían para acabar con él, tuvo que sentir una gran tristeza (Lc 13,34; 19,41-42; Mt 23,37). Además, tuvo que preguntarse cómo se realizaría entonces el designio salvador de Dios. Ciertamente, de buenas a primeras, parecía frustrado (Lc 7,30-35).

Jesús podía entender su destino desde la comparación con la suerte de los enviados anteriores de Dios. Una corriente judía posterior al exilio había llegado a la conclusión de que el destino trágico de la nación se debía a su dura cerviz. Se había obstinado en desoír la voz del Señor y había perdurado en su extravío (Neh 9,26; Esd 9,10-11; 2 Re 17,7-20; Jr 25,1-13; Za 1,1-6). En esa corriente, Jesús descubre un destino histórico de rechazo, sufrimiento y muerte, que lee como designio de Dios, en el sentido de que no interviene para cambiar el curso de los acontecimientos. Jesús lee la historia como la había leído esta corriente y como la generalizaron los últimos redactores de la ley, a partir del destierro (Mt 23,29-31.37; Lc 11,47-51; 13,34; Mc 12,1-12): el pueblo, sobre todo, los jefes, quieren deshacerse de los enviados de Dios. En esta constante, Jesús contempla la suerte que le espera. Sin embargo, tiene conciencia de ser el último enviado (Mc 12,6). Y no vino, como imaginó el Bautista que sería *el que tenía que venir*, para juzgar. Jesús vino para salvar lo que estaba perdido, porque era portador de la misericordia de Dios (Mt 9,10-13; Lc 15). ¿Cabe pensar que Jesús se sumió en la perplejidad? ¿Habría que entender en este contexto su decisión irrevocable de subir a Jerusalén? (Lc 9,51).

Dado lo que sabemos de Jesús, no es congruente imaginar este viaje como una ordalía medieval. No se trata de provocar a Dios, metiéndose en la boca del lobo para obligarlo a escoger entre él y los dirigentes, para que se pusiera de su parte y en contra de ellos. Eso sería caer en la tentación de poner a prueba a Dios, una opción que Jesús rechazó (Mt 4,7). Menos aún cabe entender el viaje como un último intento para enfervorizar a sus partidarios e imponerse a las autoridades. Si Jesús no quería tentar a Dios, porque confiaba en él, ¿no supo en realidad cuál sería el desenlace? ¿O previó que por ese camino llegaría el reino, que él hacía presente como reinado y anunciaba como inminente? ¿Se equivocó Jesús en sus cálculos o no sabía? (*cf.* Mc 9,1; 13,30-32).

¿Pensaba Jesús como los apocalípticos escatológicos, que estaban convencidos de que este eón se acabaría con una intervención de Dios, que así instauraría su reino? ¿Cómo habría entendido esa intervención? ¿Una demostración imbatible de poder, que acabaría con las instituciones, las estructuras y el ordenamiento vigente? ¿Un ajuste de cuentas con cada uno? Estas suposiciones no

son congruentes con su estilo de vida, con su horizonte, con la relación con su Padre, ni con el modo en que entendía el reinado de Dios y su relación con el reino.

Jesús vivió dando de sí. Estuvo en el mundo con una actitud servicial. ¿Pudo haber llegado a pensar que también su muerte lo sería? En ese caso, ¿cómo podía serlo? ¿Qué podía significar dar la vida por sus enemigos, por los pecadores, por todos?

2.3. El misterio de la cruz

En primer lugar, si Jesús celebra su despedida (Lc 22,14-18), pensaba que la muerte inminente no era el final de todo. Si está firmemente convencido de que celebrará el banquete del reino con sus discípulos, cree que la última palabra la tiene el Dios del reino, que la muerte no limita el poder de Dios y que su vida de anunciador del reino será acogida por Dios, porque ha ido en la línea del reino y porque pertenece a Dios y es interior al reino. Por eso, puede brindar. Es la última copa en este mundo, pero él espera con firmísima esperanza que seguirán brindando por siempre en el reino³¹.

No sabe cómo acontecerá. Eso se lo deja a Dios. Pero está tan seguro del desenlace, que puede brindar no solo con vino, sino también brindarse él y su vida. Eso significa su cuerpo y su sangre (Lc 22,19-20). En ese banquete no solo se pone en las manos de Dios, sino también se entrega a ellos. Tiene ese poder, esa libertad y ese amor. Y eso, en la noche en la que lo iban a entregar y a abandonar. Ese es el símbolo de su existencia, entregada a ellos. Su señorío consiste en esa entrega servicial (Lc 22,27; Jn 13,12-17).

En segundo lugar, aceptar que el designio de Dios pasaba por su muerte le tomó tres horas de oración agónica³². Jesús no tenía previsto, ni asimilado que Dios no interviniera para autentificar a su testigo fiel y que dejara que los acontecimientos siguieran su curso. Todo ello contrariaba sus expectativas y su voluntad. *O, por lo menos, y tal vez esto sea lo que refleja su estado de ánimo, algo que lo afectaba tan íntimamente, que pidió que pasara esa copa de amargura*. Apocalípticamente, pudo comprender el trance como la hora de las Tinieblas (Lc 22,53), cuando el Príncipe de este mundo se hace presente (Jn

31. X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., pp. 989-996.

32. O, al menos, si pensamos que la oración del huerto es una construcción de Marcos, le conturba y le cuesta beber ese cáliz, apurar ese trago amargo, y tiene que hacerlo acudiendo a la oración, renovando la relación con el Padre que lo constituye.

14,30). La hora en que el mal parece prevalecer sobre el bien, la mentira sobre la verdad y la muerte sobre la vida.

Jesús aceptó la impotencia de Dios, esto es, su invisibilidad, su negación y su derrota, que se traducen en el triunfo de la inhumanidad y del ídolo de la religión. Por eso, Jesús se muere de tristeza. *Él, el último enviado de Dios, su Hijo querido, no ha podido culminar su misión, porque los viñadores, es decir, los dirigentes, no le han permitido recoger los frutos de la viña del Señor.* Pese a ello, acepta la muerte, sabiendo que no es el final, sino el tránsito hacia el final, el cual está en las manos de Dios. Él sabe de la salvación, para él y su pueblo, aunque no sepa cómo.

En tercer lugar y como indicamos al comienzo, Jesús no se resignó al papel de víctima que le habían deparado. No podía aceptar que mereciera esa muerte, ni que fuera un sacrificio trágico. Mucho menos pudo pensar que su Padre exigiera víctimas. Eso habría sido blasfemar contra él. Jesús vivió su pasión desde sí mismo como su acción más consumada. Vivió hasta el extremo la actitud con la que había vivido. Primero, compartió la suerte injusta de los pobres y los despreciados, llevando con ellos la carga que los dirigentes echaron sobre él sin piedad. Y segundo, perdonó a sus enemigos y de esa forma venció al mal con el bien, al igual que el Padre, que hace salir el sol sobre buenos y malos y manda la lluvia sobre los justos y los pecadores, es decir, como Hijo del Padre. La palabra que dirige al otro crucificado, que Lucas pone en sus labios, expresa el sentido de su solidaridad con los crucificados de la tierra: ellos estarán con él en el paraíso. El evangelio de Lucas muestra así la confianza en su Padre con la que Jesús muere, llevando al pueblo crucificado en su corazón. La otra palabra de Lucas, la petición de perdón para los que lo matan, representa la libertad suprema con la que muere Jesús. Morir perdonándolos significa dar su vida por los pecadores, confiado en que Dios queda comprometido en ese acto suyo³³.

En cuarto lugar, esa muerte misericordiosa y confiada se realiza en el abandono de Dios, como si se tratara de un sedicioso y un maldito, de un falso profeta, que seduce al pueblo y lo aparta de la alianza con Dios, y de un derrotado, que muere en la tortura frente a la irrisión de sus enemigos. Jesús no se

33. Légasse cree que puede ser auténtica y que la sentencia paralela del martirio de Esteban atestigua “la tendencia de Lucas a calcar el relato de la muerte de Esteban sobre el de la muerte de Jesús”. “Además es enteramente conforme a la enseñanza de Jesús sobre el amor a los enemigos” (*El proceso de Jesús. La pasión en los cuatro evangelios*, p. 377, Bilbao, 1996). Lo mismo piensa Bovon, que añade el paralelismo de lo que Pedro y Pablo dicen en Hechos. Además, como Lucas escribe después del año 70, incluirla supondría que Dios no lo escuchó, porque no los perdonó, y excluirla sería muestra del antisemitismo de muchos cristianos (F. Bovon, *El evangelio según san Lucas*, t. IV, p. 527, Salamanca, 2010).

reconoce en esa figura pública, pero, aun así, muere sin indicio alguno de que Dios sí lo reconoce³⁴. Es terrible que Jesús haya muerto con un grito desgarrador³⁵. Los espectadores y los lectores de los dos primeros evangelios bien pudieron interpretar esa expresión como un grito de amargura, frustración o rebeldía. Lucas lo interpreta como la única relación posible con Dios en ese trance supremo, es decir, como el modo de continuar la relación con él. Jesús muere referido a él. Jesús muere remitiendo a Dios el abandono sentido³⁶. Muere en la fe y la esperanza, sin signos. Es decir, entregándose en las manos impalpables del Padre. Así se consuma como Hijo.

En resumen, en un determinado momento, la hostilidad de los círculos oficiales del judaísmo lo hizo presentir el desenlace fatal, si proseguía con su misión como hasta entonces. Jesús no se confinó en un grupo, tal como hacían sus contemporáneos, más o menos sectarios. Al contrario, se sintió movido a proseguir abiertamente con su misión, dirigiéndose a todo el pueblo, aun con el riesgo de morir. Entonces, se volvió a las Escrituras para encontrar sentido a lo que le sucedía. En ellas adquirió la certeza de que ese desenlace formaba parte del designio salvador de Dios. La ejecución del Bautista pudo ser una premonición de lo que le aguardaba. La relación con Elías lo vinculó con la tradición de los profetas perseguidos, en la cual él ocupaba el último eslabón (Mt 17,11-12).

Al meditar la historia de sus predecesores, los profetas, Jesús comprendió que Dios es misericordioso y paciente, y acepta ser humillado en sus enviados. En vez de pedir cuentas inmediatamente, deja tiempo para el arrepentimiento, incluso da su gracia para ello. Jesús adopta el mismo comportamiento que los pecadores y de esa manera personifica la paciencia salvadora de Dios. Se abaja a la condición de esclavo para servirlos. Más aún, viéndolos esclavos del pecado, él mismo se hace esclavo para liberarlos. Obviamente, no se hace esclavo del pecado, sino que sufre servicialmente las consecuencias de ese pecado del mundo. El servicio lo lleva a cargar con los pecados, o, más bien, con los pecadores. Así, pues, el vivir para los demás llega hasta dar la vida por ellos. Todo

34. “Hay *silencio total*, sólo su dignidad y su mutismo nos miran de frente. Para quien contempla ya no hay distancias, es la inmediatez del misterio la que se dirige al que contempla. La humanidad de Cristo se convierte de este modo en el lenguaje que pone de manifiesto la lógica del amor de Dios al hombre, y la respuesta a las preguntas que éste implícitamente se suele plantear” (S. Arzubialde, *Humanidad de Cristo, lógica del amor y Trinidad*, o. c., p. 119).

35. J. Marcus, *El evangelio según Marcos (8-16)*, o. c., pp. 1227-1228.

36. Según Légasse, “este ‘espíritu’ (*pneuma*) es el último suspiro de un moribundo, como indica el contacto con el verbo *exepneusen* (‘expiró’) que sigue. Jesús no muere pasivamente; su muerte, acto voluntario, es el último homenaje de piedad filial, en el que devuelve a Dios, su Padre, el espíritu de vida que le ha dado” (S. Légasse, *El proceso de Jesús. La pasión en los cuatro evangelios*, o. c., p. 394).

en la confianza de que Dios acogería su actitud, reconociéndola como la suya propia.

La acogida sería la resurrección, la cual, por esa razón, no hay que entenderla como un premio personal, sino como la instauración de la situación de salvación. El comienzo del reino para él y, en él, para todos los justificados por él.

Jesús carga con los sobrecargados y así les da vida. Había vivido para ellos y ahora muere como uno de ellos, y, además, los lleva en su corazón. Si Dios acoge su vida, los acoge también a ellos. No hay dos salvaciones: la de las víctimas y la de los verdugos. La salvación pasa siempre por la solidaridad con las víctimas. A los verdugos se les da la oportunidad de pasarse a la causa de Jesús. Mientras tanto, Jesús carga con su pecado.

En sentido estricto, Dios no entregó a su Hijo, al juez, ni al verdugo, ni a la muerte³⁷. Aceptó esa muerte porque Jesús la vivió de tal manera, que expresaba el extremo de un amor y de una solidaridad con la humanidad herida, y porque, a través de ella, se manifestaba como misericordia ilimitada. De la misma manera, Jesús tampoco se entregó a la muerte, sino al Padre, a su voluntad amorosa para con su pueblo y, en definitiva, para todos los seres humanos. Así, la muerte de Jesús no es un acto aislado, mágico, sino la coronación de su vida en fidelidad. Fidelidad a su Padre y, por ello, fidelidad a los predilectos del reino, a los pobres. Jesús muere como Hijo y como Hermano. Este hombre solidario, asesinado por las autoridades por el éxito que tuvo entre el pueblo llano, murió como Hijo, porque murió amando a sus enemigos, esto es, orando por sus perseguidores. Las palabras de perdón en la cruz, que Lucas pone en sus labios, interpretan fielmente su actitud final (Lc 23,34; Mt 5,44-45).

37. Recogiendo un sentir que ha atravesado buena parte de la piedad cristiana e incluso de la reflexión de no pocos teólogos, Agamben se refiere “al significado mesiánico de la ‘entrega’ en la pasión de Jesús [...] hay una sola tradición cristiana auténtica: la de la ‘entrega’ —en primer lugar del Padre, después de Judas y de los judíos— de Jesús a la cruz, tradición que ha abolido y realizado todas las tradiciones” (G. Agamben, *Pilato y Jesús*, Buenos Aires, 2014). Es un equívoco blasfemo. El Padre no entrega a su Hijo a la cruz: nos lo entrega a los seres humanos y las autoridades lo condenan. El Padre lo entrega, esperando que sea acogido, porque lo entrega como la mayor buena nueva posible. El rechazo de las autoridades es el mayor pecado de la historia. Ahora bien, es cierto que no lo hubieran podido matar, si el Padre no lo hubiera entregado a la humanidad, es decir, si Jesús no hubiera sido un verdadero ser humano con todas las consecuencias.

3. El sentido de la muerte de Jesús

Los cristianos que buscan un sentido a la cruz no se diferencian de los otros seres humanos enfrentados al sufrimiento o a las tragedias de la historia. Sin embargo, hay que hacer notar que, a veces, el sentido no se busca en la realidad, sino solo en el individuo. En el fondo, esta actitud indica que la realidad, en sí misma, no tiene sentido. Sin embargo, hay que vivir en el sinsentido de forma satisfactoria, tratando de sacar el mejor partido posible a una vida que no tiene más sentido que el que uno quiera y pueda darle. El creyente en el Dios creador y Señor de la historia, la punta de lanza de la evolución creadora, no puede aceptar esa actitud nihilista. Ciertamente, la libertad humana puede provocar tragedias. La prueba más fehaciente de hasta dónde puede llegar ese poder destructor es la muerte insensata y cruel de Jesús. Pero también lo es que el Espíritu del Crucificado resucitado tiene poder para sacar bien del mal. En definitiva, Dios, el Dios de la vida y de la humanidad, tiene la última palabra.

Por eso, para los cristianos, no solo es legítimo buscar un sentido a la muerte de Jesús, sino también imperioso. Sin embargo, esa búsqueda de sentido no puede llevar a paliar el escándalo de la cruz, ni el de la de Jesús, ni el de la de los condenados de la historia. Es necesario afirmar esto con toda la energía posible.

Las comunidades que no conocieron a Jesús ni a sus testigos tuvieron mucha dificultad para aceptar su muerte sin signos, tal como aparece en Marcos y en Mateo. Si aparece, es porque así murió. No podemos imaginar a los seguidores de Jesús inventando un desenlace tan a contrapelo de lo que podía esperarse del último enviado de Dios para consumir sobreabundantemente la alianza, el que tuvo conciencia de ser su Hijo querido, en un sentido único, por la absoluta intimidad, confianza y disponibilidad³⁸. Por tanto, el sentido viene dado por la historia, no es inventado para complacer nuestra sensibilidad o para facilitar la misión. Evidentemente, el desenlace de Jesús, aun cuando culminara en la resurrección, dificultaba la misión³⁹. Por eso, tenemos que sostener que Lucas y Juan

38. El relato de la pasión “contiene rasgos que resultaban embarazosos para los cristianos posteriores, como la desesperanza de Jesús en Getsemaní, su negación por Pedro, el abandono por otros miembros de los Doce y el grito de abandono en la cruz. Es improbable que estos rasgos embarazosos hayan sido inventados por narradores cristianos primitivos”. Además, en el caso de Marcos, “aún había personas en la zona que recordaban [...] y que podrían corregir un relato extrañamente inexacto” (J. Marcus, *El evangelio según Marcos (8-16)*, o. c., p. 1067).

39. “Parece improbable, por ejemplo, que los cristianos hubieran atribuido a Jesús crucificado las palabras de Sal 22,1 (‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’) si él no las hubiera pronunciado o al menos si no hubiera expresado su desesperanza de algún modo” (J. Marcus, *El evangelio según Marcos (8-16)*, o. c.,

expresan el sentido de la historia contada por Marcos y Mateo⁴⁰. El lazo que une la historia y el sentido es el testimonio del centurión⁴¹ y de las mujeres.

Si Jesús murió tan humanamente como solo el Hijo de Dios puede hacerlo, es plausible que su grito significara ponerse en las manos del Padre, cuando ya no había palabras⁴². También es plausible que muriera perdonando a sus condenadores y torturadores, aunque no dijera una palabra al respecto; y que cuando se le fue el último aliento, entregara su Espíritu. De esa manera, lo último perceptible es que expiró y entregó su Espíritu⁴³, que de su costado abierto salió sangre y agua, y que constituyó a su madre en madre del discípulo y de todos los discípulos. Ahora bien, una cosa son los hechos y otra su interpretación fidedigna. Insistimos en que el sentido no puede ser otro que el de la verdadera historia.

3.1. Una muerte sin sentido

Por esa razón, comenzamos asentando que hay acontecimientos que no tienen sentido, que carecen de inteligibilidad, que no arrojan luz, sino tinie-

p. 1068). Lo mismo sostiene Benoit, quien afirma que el título expresa el abandono sentido, no la desesperación (P. Benoit, *Pasión y Resurrección del Señor*, o. c., pp. 220-221, 222). Navarro agrega que expresa al mismo tiempo angustia y confianza: “El grito de abandono paradójicamente hace presente a Dios al mencionar su ausencia” (M. Navarro, *Marcos*, o. c., p. 559). Si no recitó el versículo 2 del Salmo 22, pudo haber dicho solo “Dios mío” (R. Brown, *La muerte del Mesías*, t. II, o. c., pp. 1284-1288).

40. Marcos, a diferencia de lo que más tarde harán Lucas y Juan, “no sugiere ninguna palabra después” del fuerte grito de Jesús. Según Taylor, se debe al “fuerte realismo del relato de Marcos” (V. Taylor, *El evangelio según san Marcos*, o. c., p. 722).
41. J. Marcus, *El evangelio según Marcos (8-16)*, o. c., pp. 1221-1222. “El misterio del reino de Dios se otorga ahora al centurión; solo él ve (aletos) ‘realmente’” (p. 1231). Navarro lo explica agudamente (M. Navarro, *Marcos*, o. c., pp. 561-563). Según Taylor, la declaración del centurión “puede ser un reconocimiento espontáneo de la divinidad de una persona de extraordinaria grandeza”. Pero, añade, “Marcos exagera el significado de las palabras del centurión, al considerar estas palabras finales de su evangelio como un paralelo de la expresión *uios Theou* del principio, es decir, como confesión de la divinidad de Jesús, en sentido plenamente cristiano” (V. Taylor, *El evangelio según san Marcos*, o. c., p. 1824).
42. Pikaza lo interpreta como llamar a Dios con confianza, arrojándose en sus manos impalpables (X. Pikaza, *Evangelio de Marcos*, o. c., pp. 1096-1104).
43. “Todos los datos convergen hacia el mismo sentido: la última respiración de Jesús simboliza el *don del Espíritu*, de su Espíritu” (I. de la Potterie, *La pasión de Jesús según san Juan*, p. 128, Madrid, 2007).

blas, por ser acciones deshumanizadoras. No se debe paliar la brutalidad de estas acciones humanas, porque, si neutralizamos su carga deshumanizadora, se repetirán sin resistencia y contaminarán la historia de opacidad inhumana. Si la fe sirve de algo, es para mirar de frente el pecado del mundo y la complicidad personal con él. Solo la verdad nos hace libres. El pecado engendra mentira, ocultamiento y mata impunemente.

El asesinato de Jesús no tiene sentido. Es una sinrazón, un abuso de autoridad y, más todavía, es cerrarse a la humanidad cualitativa, la humanidad del Hijo único y eterno de Dios. Es lo más negativo de la historia. Tampoco tiene sentido que tantos millones de personas mueran en la actualidad en guerras injustas e implacables, o víctimas de la violencia de cárteles y mafias, o de la violencia horizontal, o de hambre y de enfermedades curables. No tiene sentido que tantos millones de personas estén excluidas de los bienes civilizatorios y culturales de esta figura histórica.

Hablar de costo social, de flexibilización del mercado de trabajo o de inmigración selectiva y controlada, o, últimamente, de la prima de riesgo de los capitales especulativos, no es dar razones, sino enmascarar realidades brutales, que sacrifican a la mayoría para mantener a flote a los privilegiados del sistema. El falso sentido amenaza tanto como el sinsentido. O, más bien, es la excrecencia del sinsentido para no aparecer como tal y perpetuarse sin resistencia.

Así, pues, que Jesús muriera ejecutado por sentencia de un tribunal imperial, acusado por las autoridades de su pueblo, no tiene ningún sentido. Es una terrible injusticia y una desgracia descomunal. Otra cosa es cómo vivió Jesús su condena y cuál es la reacción de Dios ante ella. Sin embargo, estos bienes no redimen ese acto pésimo. Si pueden redimir a sus autores, si se animan a salir a la luz, es decir, si reconocen su brutalidad y se pasan al camino de Jesús.

No abolir el sinsentido es determinante, porque, si punza y duele que hayan quitado de en medio tan sumariamente⁴⁴ al más hermoso de los hijos de los hombres (Sal 45,3), la sensibilidad permanecerá alerta para que eso no siga sucediendo.

Si tantos millones de personas mueren baleadas por la policía, por la violencia horizontal, por enfermedades, por negligencias médicas, o por los llamados accidentes de tránsito, que en el caso de los arrollamientos son, en muchas ocasiones, homicidios culposos, significa que pasamos por encima del

44. Del apresamiento a la ejecución pasó mucho menos de un día y, con todo, tuvieron tiempo para instruir un expediente, torturarlo, remitirlo a un tribunal, torturarlo de nuevo, condenarlo a muerte y ejecutar la sentencia.

sinsentido demasiado rápido, que lo recubrimos con excusas y que estamos anestesiados respecto a su radical iniquidad. Muchísimos seres humanos mueren antes de tiempo⁴⁵. Eso no tiene sentido y no puede justificarse por nada del mundo. Por tanto, tenemos que erradicarlo. Pero si no nos causa horror, no lucharemos para que así sea.

Por eso, es gravísimo que teólogos que estudian la pasión afirmen que no es muy relevante preguntarse quiénes mataron a Jesús y por qué lo hicieron. En definitiva, según ellos, lo mataron nuestros pecados y, por tanto, lo matamos todos. Negarse a asumir la propia responsabilidad es completamente distinto a igualar todo. Es cierto que un discípulo traicionó a Jesús y que la traición es algo espantoso, y lo es de modo absoluto traicionar a Jesús. Ahora bien, si las autoridades religiosas no hubieran decidido eliminarlo, la traición de ese allegado no habría acabado en la muerte de Jesús. Es cierto que abandonar a su Señor en ese trance decisivo es un pecado terrible, pero ese abandono solo despejó el camino para que sus enemigos lo mataran con facilidad. El abandono en sí no le ocasionó la muerte. Negar a Jesús, ocultar que se lo conoce y que se pertenece al grupo de sus discípulos, precisamente, cuando el Maestro daba la cara por ellos y se negaba a dar sus nombres a la autoridad, es una cobardía indigna y vergonzosa. Pero no solidarizarse con él, ni defenderlo tampoco equivale a acusarlo ante la autoridad y condenarlo a muerte. No todos los pecados son iguales. No todos matan a Jesús, aunque lo entreguen a sus enemigos o no lo defiendan de ellos.

Hoy también hay pecados que permiten a los opresores causar víctimas. Por eso, son pecados terribles. Mucho más que en tiempo de Jesús, porque en la actualidad, dada la existencia de algún nivel de democracia, todos podemos intervenir en alguna medida para que la sociedad se enrumbe en una determinada dirección. Pero los que buscan de manera absoluta la ganancia y el poder hasta hacer de ellos un ídolo⁴⁶, matan directamente a muchos millones de

45. La formulación es de Las Casas y se refiere al genocidio indígena.

46. Es la nueva versión del becerro de oro, tal como lo dice el papa Francisco. De ahí que insista en que esta sociedad o, más exactamente, la dirección dominante de esta figura histórica es fetichista. “Una de las causas de esta situación, en mi opinión, se encuentra en la relación que hemos establecido con el dinero, aceptando su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades. De manera que la crisis financiera que atravesamos nos hace olvidar que en su origen hay una profunda crisis antropológica. ¡La negación de la primacía del hombre! Hemos creado nuevos ídolos. La adoración del antiguo becerro de oro (*cf.* Ex 32,15-34) ha encontrado una versión nueva y despiadada en el fetichismo del dinero y en la dictadura de la economía sin un rostro y un objetivo verdaderamente humano” (Discurso en la presentación de las cartas credenciales de cuatro embajadores, Roma, 16 de mayo de 2013). “En un mundo en el que se habla mucho de derechos, ¡cuántas

víctimas. Y hay que decir que esto es lo más frontalmente opuesto a Dios y a la humanidad, y que no tiene ningún sentido, ni redención. Aunque sí la tienen sus responsables, si se convierten a Dios y a la humanidad.

Así, pues, sacrificar a otro es siempre algo malo, solo malo. No tiene sentido. El sacrificio del ser humano por otro ser humano niega frontalmente a Dios. Dios no quiere sacrificios, ni ofrendas, sino misericordia.

3.2. Modelos explicativos

Los modelos del Nuevo Testamento se encuentran en el horizonte de la religión neolítica, configurada alrededor de la tríada templos, sacerdotes y sacrificios, y en un ámbito público con dimensión política. Si bien esa tríada está ausente en Jesús, los evangelizadores debieron servirse de sus categorías, al menos metafóricamente, tal vez de modo analógico, para que sus oyentes se hicieran cargo de su mensaje. La categoría de sacrificio es particularmente importante, pues era obvio que Jesús había sido crucificado fuera de la ciudad, en terreno profano, y que no lo había sacrificado ningún sacerdote, ni él lo era técnicamente.

Las explicaciones y el sentido son temas de fe. Los modelos explicativos y soteriológicos no prueban nada. Son expresión de una fe esperanzada en la última bondad de Dios y, por tanto, de la historia. El primer paso consistió en considerar la cruz como el destino del profeta. Eso explica por qué matan a Jesús, pero no el sentido de su muerte, ni la de los profetas. El siguiente paso afirma que su muerte ya estaba predicha en las Escrituras. Más aún, que era designio de Dios. Apelar a Dios indica que no encontramos sentido a su muerte, pero también decimos que, a pesar de ello, tenemos esperanza, porque el sentido lo ponemos en Dios. No porque el Dios que conocemos nos explique la cruz, sino porque la cruz nos revela algo muy íntimo e insospechado de Dios. Si la cruz es designio del Dios bueno, algo de nuevo se puede sacar de ella: la salvación. Esta es una afirmación de fe.

La cuestión es cómo puede ser designio de Dios, si sabemos que él no quiere que los seres humanos crucifiquen a otros seres humanos, menos aún a su Hijo. Designio de Dios es entregar a su Hijo al mundo para la vida de la humanidad.

veces se ultraja de hecho la dignidad humana! En un mundo donde se habla tanto de derechos, parece que el dinero es el único que los tiene. Queridos hermanos y hermanas, vivimos en un mundo donde manda el dinero. Vivimos en un mundo, en una cultura donde reina el fetichismo del dinero” (A los participantes en la plenaria del Consejo Pontificio de los Emigrantes e Itinerantes, Roma, 24 de mayo de 2013).

Entregarlo es ponerlo en nuestras manos, es decir, liberarlo a los diversos lances de la historia. Así, pues, en términos genéricos, Dios sí entregó a su Hijo a la muerte. Dado que la entrega al mundo es incondicionada, la muerte es una consecuencia posible y no querida de su designio. El que su muerte figurara en las Escrituras no significa, como ya lo hemos dicho, que Dios haya destinado a su Hijo al sacrificio, sino que Jesús pudo leer su fin en lo que las Escrituras dicen del destino de los profetas.

Un modelo explicativo es la cruz como sacrificio. El sacrificio humano no entraba en las categorías judías. Los judíos sacrifican solo animales. Por eso, el sacrificio era siempre sustitutivo, simbólico y ritual. El Nuevo Testamento dirá que el sacrificio de Jesús ha sido aceptado por Dios y, por eso, trae salvación. Pero por sacrificio de Jesús, no entiende el acto en sí mismo: el más injusto y negativo de la historia. Sino el ofrecimiento que Jesús hace de su vida, dado que en su pasión, conserva la iniciativa personal para vivir su muerte desde sí mismo⁴⁷. No muere encerrado en su fracaso, sino que ofrece su muerte a su Padre, así como le había ofrecido toda su vida. Muere arrojándose en sus brazos. Y quien se arroja en sus brazos, lleva a su pueblo en su corazón y perdona a sus asesinos. El Padre recibe a su Hijo fraterno. Así, pues, aquí, sacrificio no se refiere al acto de sacrificar, que es algo malo, sino al comportamiento de Jesús en su pasión. De suyo, no es un sacrificio, sino una entrega al Padre y a nosotros⁴⁸.

Otro modelo es la nueva alianza. De la misma manera en que la alianza se sellaba con sangre, la cruz de Jesús se interpretó como la sangre que sellaba la nueva alianza. De nuevo, nos encontramos con un símbolo ritual. La sangre en sí misma no salva. Perder sangre hasta morir es una mera negatividad y, en este caso, una atrocidad de los torturadores. Aquí, la sangre simboliza la

47. Vanhoye, después de explicar por qué la Carta a los Hebreos habla de sacrificio, insiste en que esa expresión sacrificial no se encuentra “en los demás escritos del Nuevo Testamento, donde hay otros verbos que se utilizan con respecto a Cristo: ‘entregarse’ (Gal 1,4), ‘entregarse en rescate’ (1 Tim 2,6), ‘dar la vida como rescate’ (Mt 20,28; Mc 10,45), ‘entregarse’ (Gal 2,20; Ef 3,2-25), ‘dar la vida para después recobrarla’ (Jn 10,11-18; 2,16); ‘quitarse las vestiduras’ (Jn 13,4)”. “Así, pues, en un principio, este acontecimiento no fue presentado como un sacrificio ritual, sino como una serie de hechos existenciales [...] Jesús no fue una víctima pasiva, sino que adoptó una actitud generosa, expresada en términos existenciales: ‘vino para servir y dar su vida en rescate por una multitud’ (Mt 20,28); se presentó como ‘el buen pastor’ que da ‘su vida por sus ovejas’ (Jn 10,11); ‘se dio él mismo por nuestros pecados’ (Gal 1,4); ‘se dio él mismo en rescate por todos’ (1 Tim 2,6); ‘se entregó él mismo’ (Gal 2,20)” (A. Vanhoye, *Un sacerdote diferente*, pp. 265, 283, Miami, 2011).

48. S. Arzubialde, *Humanidad de Cristo, lógica del amor y Trinidad*, o. c., pp. 114-116.

vida. Cuando le quitan la sangre, es decir, la vida (pura negatividad), él entrega su vida (suprema positividad)⁴⁹. Cuando rechazan la comunión propuesta, él la mantiene. No solo la mantiene, sino que la consume con la inclusión de todos los seres humanos en la comunión con Dios en la que muere. En los sacrificios rituales, sin efusión de sangre, no hay redención. Pero eso nada tiene que ver con Dios, porque él no quiere sangre. Al contrario, cuando ocurre el primer asesinato, Dios protege al asesino con una marca para que nadie lo mate. Dios no quiere, de ningún modo, ni por ningún motivo, que se derrame sangre humana.

Los cantos del Siervo sufriente ofrecen otro modelo. El inocente Jesús carga con los sufrimientos que nosotros debiéramos cargar. Al cargarlos voluntariamente y al ofrecérselos a Dios sustitutivamente, más aún, al cargárselos Dios vicariamente, en vez hacerlo de nosotros, se convierten en causa de salvación para nosotros. Este modelo expresa bien el amor de Jesús y de Dios a la humanidad. Sin embargo, tiene dos inconvenientes. El primero es la imagen de Dios, que parece exigir un castigo por el pecado. Esta imagen no se corresponde con el Padre maternal que reveló Jesús. El segundo es la sustitución. Una cosa es que Jesús nos lleve en su corazón, es decir, en su amor, una afirmación medular del cristianismo, y otra cosa es que él sufra lo que nos tocaba sufrir a nosotros. En primer lugar, porque Dios no exige sufrir y, en segundo lugar, porque el que ama no sustituye al amado. El Padre dejó a Jesús morir su muerte. No lo arrebató para no verlo sufrir. El amor deja que el amado viva su vida, no le ahorra las experiencias negativas.

Pablo sostiene que la cruz puede constituirse en revelación de Dios. En la cruz, lo negativo se convierte en positivo, porque, en ella, Dios reconcilia al mundo consigo (2 Cor 5,19)⁵⁰. Aquí no hay explicación, sino proclamación agradecida del acontecimiento.

Después de recorrer las interpretaciones del Nuevo Testamento, nos referiremos ahora a la explicación de san Anselmo⁵¹, por la trascendencia que ha tenido casi hasta nuestros días y porque perdura en el inconsciente de no pocos cristianos y de otros que, por eso, se han alejado del cristianismo. El horizonte simbólico de Anselmo es el código de honor de la edad media. El orden social

49. “Ambos contratantes (pactantes) *comulgan en la misma vida*, el mismo amor y fidelidad, luego por sus venas debe correr ahora la misma Vida que es patrimonio de Dios. Pero resulta que esta vida común es la del Hijo ‘entregado’” (*ibid.*, p. 125).

50. En vez de las religiones que han ideado modos para expiar el pecado, en el cristianismo, Dios nos reconcilia en Cristo (J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, p. 236, Salamanca, 2001).

51. “[¿]Cur Deus homo? ¿Por qué Dios se hizo hombre?”, pp. 742-891, en *Obras completas*, t. I (Madrid, 1952). Una reinterpretación de la idea de sacrificio vicario, en M. I. Borg y J. D. Crossan, *El primer Pablo*, pp. 131-157 (Estella, 2009).

—incluso el orden de la realidad, que hipostasia el orden social— exige que el ofensor resarza condignamente al ofendido. Los ofensores somos los seres humanos, mientras que el ofendido es la majestad infinita de Dios. Por tanto, la ofensa al Dios infinito es, en cierto modo, también infinita. Pero, como somos finitos, no podemos ofrecerle nada que esté a la altura de la ofensa, en el fondo, a la altura del ofendido. Entonces, el propio ofendido, por el amor infinito que nos tiene y a pesar de haberlo ofendido, provee la solución. Envía a su Hijo para que se haga del mismo linaje de los ofensores y que, como uno de ellos, repare por ellos, y como pertenece a la comunidad divina, la reparación esté a la altura de Dios. Esto fue, precisamente, lo que Jesús hizo en la cruz: como perteneciente al linaje humano, reparó a Dios con su vida, que posee valor infinito, y así nos libró de la condenación merecida y nos restituyó su amistad.

La explicación de Anselmo resalta tanto el amor de Dios como el de Jesús. La cuestión es por qué tiene que someterse a ese esquema. ¿Por qué exige una víctima? ¿Por qué no puede perdonar gratuitamente y rehabilitar a los pecadores con su amor recreador?

3.3. Sentido de fondo

En el fondo de estos intentos explicativos subyace la tesis de que la vida de Jesús, consumada en la cruz, ha sido grata a Dios. En ella, su misericordia y su fidelidad se confrontan con el rechazo y el abandono, y al triunfar, se consuman. Es una constante histórica que quien intenta seriamente ejercer misericordia, tiene que estar dispuesto al sufrimiento. La salvación supone recomponer lo destruido, lo cual es costoso. El pecado histórico tiene una fuerza negativa que destroza a las personas, desordena las instituciones y degrada la naturaleza. Esa fuerza se ceba en Jesús. Al no lograr torcer su rumbo vital, sino consumarlo, revela su impotencia y es vencida. En resumen, la encarnación en un mundo de pecado lleva a la cruz y la cruz es, por tanto, la culminación de la encarnación solidaria.

En la cruz, Jesús revela al ser humano cabal, que pasó haciendo el bien (Hch 10,38; Mc 7,37), fiel y misericordioso (Hb 2,17) y que no vino a ser servido, sino a servir (Mc 10,45). Qué poder tenga ese amor, es otra cosa. Al menos, hemos podido ver el amor sobre la tierra, saber lo que somos y lo que podemos llegar a ser. De hecho, cuando los seres humanos captan que ha habido amor, lo captan como una buena noticia, que humaniza e invita a amar. La eficiencia salvífica no pertenece a la causa eficiente, sino a la ejemplar. No solo nos anima con el ejemplo, sino que también nos atrae y así nos posibilita seguirlo.

No solo Jesús se consuma en la cruz. En ella, revela también el amor de Dios. Y por eso, sobre todo, salva. Esta es la afirmación fundamental del Nuevo

Testamento. En realidad, no explica nada, pero lo dice todo. Dios nos prefirió en lugar de su Hijo. Hablando humanamente, la tentación que tuvo en la cruz fue llevarse a su Hijo para que no muriera. Él nos lo había entregado como el novio de la humanidad. Si rechazábamos esa entrega incondicional, se lo pudo llevar y abandonarnos a nuestro corazón obstinado. Sin embargo, no quiso hacerlo y, por eso, no se llevó a Jesús. Al vencer esa tentación, reforzó la actitud de Jesús, porque si se lo hubiera llevado, no habría respetado su condición fraternal. El moría llevándonos en su corazón. No quería que su Padre lo arrancara de en medio de nosotros. Por eso, no le quedó más remedio que salvarlo con nosotros, es decir, nos salvó a nosotros con él. Precisamente, a eso envió a su Hijo. Así, pues, la victoria de su amor sobre nuestro rechazo fue la victoria conjunta del amor del Padre y de Jesús⁵².

La cruz no dice nada en directo sobre el poder del amor de Dios, pero sí dice, y lo hace con claridad meridiana, que es un amor creíble por la desmesura de la entrega. Si alguien no capta que Dios, en la cruz de Jesús, nos ha querido mostrar hasta dónde es capaz de llegar, nada lo convencerá. En este sentido, Bonhoeffer dijo que “solo un Dios que sufre puede salvarnos”⁵³.

Conviene enfatizar que sin pecado, no hay cruz y que la cruz expresa hasta dónde llega su fuerza. En ella, muere vencido el salvador definitivo enviado por Dios. En ella, aparece clavado como ignominia y ejemplo de lo que no debe hacerse, el más hermoso de los hijos de los hombres, el más verdadero y el mejor. Mantener la misericordia y la fidelidad en presencia de ese poder que mata, expresa la magnitud de la solidaridad de Jesús con nosotros y la de su fidelidad a Dios. Y que Dios se inhibiera y no nos lo arrebatara, da también la medida de su resolución de ser con nosotros, para nosotros y a merced de nosotros.

52. “La entrega que el Padre hace de su Hijo muestra su modo de ser Padre en favor de los hombres por mediación de su Hijo. En este sentido, la lógica del amor *descendente* y la manifestación del reino coinciden, y esta coincidencia constituye un primer aspecto de la salvación. [...] A su vez, la *auto-donación* del Hijo al Padre como respuesta humana a ese amor paterno en favor de los hombres (su *proxistencia* [Schurmann]) pone en evidencia su ser de Hijo encarnado en su relación al Padre que, por obra del Espíritu, incorpora a los hombres a su misma relación de Verbo eterno (la dimensión ascendente), es decir, a la vida filial, erradicando de este modo la desobediencia humana original (la raíz última del pecado)” (S. Arzubialde, *Humanidad de Cristo, lógica del amor y Trinidad*, o. c., p. 118).

53. D. Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión*, p. 252 (Salamanca, 1983).

No obstante, el amor de Dios, que se expresa como dolor, y el de Jesús, que se expresa como oblación por nosotros⁵⁴, muestra la fuerza del rechazo que causa víctimas. Por eso, la vida adquiere forma de apuesta. La prestancia del amor ¿es mayor que la del mal que mata? ¿Es un empate trágico? El amor no puede superar al mal por la fuerza, porque se negaría a sí mismo. Pero, al contar con la libertad del otro, tiene también que contar con la posibilidad de que lo mate. El mal no logra pervertir al bien, pero tampoco el bien quiere anular al mal, ni redimir a quien lo comete, en contra de su voluntad. La resurrección es prenda de nuestra esperanza, pero sin anular la apuesta, porque el mal todavía sigue en la suya.

54. A mí me ayuda a entenderlo un episodio del final de *Doña Bárbara*, la novela de Rómulo Gallegos. La protagonista, al verse abandonada por los suyos, a causa de su decisión de no combatir a Santos Luzardo e incluso de tratar de conquistarlo, no con malas artes, sino buscando sinceramente su bien, y al verse desairada por el hombre por el que ella ha dado todo y está acabando con su imperio, toma el fusil y sale a matarlo. Lo encuentra con su hija Marisela, a quien ella nunca había reconocido, ni ante la ley ni, sobre todo, en su corazón. Cuando lo tiene en el punto de mira del fusil, el corazón le da un vuelco y, en vez de disparar, le entrega a su hija, finalmente reconocida. Esa entrega, sin embargo, no puede realizarse de palabra, ya que Luzardo la ha rechazado. Por eso, el acto más generoso de su vida, que la sella y la define, tiene que realizarse a la distancia como oblación. Luego, se realizará poniendo todas sus propiedades a nombre de su hija, reconocida, por fin, ante la ley (Cap. XIV, “La estrella en la mira”, en *Obras completas*, t. I, pp. 792-795, sobre todo, pp. 795, 798, Madrid, 1959).

Asimismo, Jesús, en el suplicio al que lo han condenado las autoridades civiles y religiosas, abandonado por sus discípulos, negado por el que protestó fidelidad, traicionado por otro y sin signos en el momento de morir, como si su Padre también lo hubiera abandonado, se ofrece por nosotros a Él. Jesús y su Padre habrían preferido ser aceptados y consumir el banquete de la alianza eterna; pero lo ilimitado del amor se muestra en que triunfa sobre el rechazo y se realiza como oblación, con la esperanza de que llegue a realizarse como correspondencia.